



**Crise intellectuelle et politique en Espagne
à la fin du XIX^e siècle**

EN TORNO AL CASTICISMO

MIGUEL DE UNAMUNO

IDEARIUM ESPAÑOL

ÁNGEL GANIVET

Ouvrage collectif coordonné par Jean-Claude Rabaté

**EDITIONS
DU TEMPS**

Table des matières

Crise intellectuelle et politique en Espagne à la fin du XIX^e siècle

EN TORNO AL CASTICISMO

MIGUEL DE UNAMUNO

IDEARIUM ESPAÑOL

ÁNGEL GANIVET

Coordonné par Jean-Claude Rabaté

Antonio CHICHARRO

José Manuel CUENCA TORIBIO

Mariano ESTEBAN DE VEGA

E. INMAN FOX

Jean-Louis GUEREÑA

Jon JUARISTI

José-Carlos MAINER

Antonio MORALES MOYA

Ciriaco MORÓN ARROYO

Jean-Claude RABATÉ

Antonio SÁNCHEZ TRIGUEROS

EDITIONS

DU TEMPS

Illustration de couverture :

Darío de Regoyos, *Viernes Santo en Castilla* (1904)

ISBN 2-84274-078-5

© éditions du temps, 1999.

70 rue Hermel, Paris 18^e.

Tous droits réservés. Toute représentation ou reproduction même partielle, par quelque procédé que ce soit, est interdite sans autorisation préalable (loi du 11 mars 1957, alinéa 1 de l'article 40). Cette représentation ou reproduction constituerait une contrefaçon sanctionnée par les articles 425 et suivants du Code Pénal. La loi du 11 mars 1957 n'autorise, aux termes des alinéas 2 et 3 de l'article 41, que les copies ou reproductions strictement réservées à l'usage privé du copiste et non destinées à une utilisation collective d'une part, et, d'autre part, que les analyses et les citations dans un but d'exemple et d'illustration.

Del arte unamuniano de tocar el fondo de la historia (aproximación a « la tradición eterna »)

Antonio Chicharro

Antonio Chicharro es Doctor en Filología Románica por la Universidad de Granada y Profesor Titular de Teoría de la Literatura en la misma universidad. Ha sido profesor visitante en las universidades de Copenhague y Paul Valéry-Montpellier III. Entre sus publicaciones destacan: *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica* (1983, 1992), *Literatura y saber* (1987), *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (1989), *Francisco Ayala, teórico y crítico literario* (1991, en colaboración), *De una poética fieramente humana* (1997) e *Ideologías literaturológicas y significación* (1998), entre otras publicaciones. Ha editado una *Antología poética*, de Gabriel Celaya (1990), *Oscura noticia/Hombre y Dios*, de Dámaso Alonso (1991) y *Una perdida estrella*, de Antonio Carvajal (1999).

Introducción

A la hora de promover el estudio acerca de los movimientos de regeneración y de modernización que agitaron la vida toda en la España finisecular, no puede obviarse ciertamente el tratamiento de un libro ensayístico fundamental como el titulado *En torno al casticismo*, publicado en 1902, del joven Miguel de Unamuno, y particularmente el eje del mismo representado por su primera parte titulada « La tradición eterna », aparecida exenta en 1895, por cuanto supuso una aportación reflexiva tan temprana como novedosa, centrada particularmente en la

conocida idea de intrahistoria con la que su autor venía a plantear en suma el, como expone Pedro Cerezo,

alumbramiento de la posibilidad de un nuevo ciclo de la historia de España desde el fondo creativo de la intrahistoria popular [...] una España del porvenir en simbiosis fecunda de la cultura europea y de la propia sustancia popular autóctona, más allá del dilema entre tradición y europeización en que se movían los planteamientos convencionales al uso¹.

« La tradición eterna » fue, pues, el primero y fundacional de una serie de ensayos —« La casta histórica Castilla », « El espíritu castellano », « De mística y humanismo » y « Sobre el marasmo actual de España »— que Unamuno publicó consecutivamente a partir del número 74 de la revista *La España moderna*, correspondiente a febrero de 1895. En 1902, los agrupó en el famoso volumen citado, siguiéndose desde entonces numerosas ediciones que en absoluto afectaron a la integridad del texto original, tal como advierte el propio autor en su prólogo de la primera edición y en el más breve de la de 1916, realizada por la Residencia de Estudiantes, a pesar de haber evolucionado y sufrido importantes cambios. Se trata, así lo pienso, de un ensayo más articulado de lo que su joven autor pensaba y había manifestado en el primer prólogo —había afirmado que tenía algo de *totum revolutum*—, aunque no carezca de ocasionales elementos yuxtapuestos y de visibles, cuando no anunciados, cabos sueltos, cabos que no anulan la función y efectos del mecanismo cognoscitivo subyacente en el ensayo, un mecanismo filosófico que, partiendo de la necesidad de comprensión de lo inmediato-real, la situación histórica de la España finisecular, pasa a ocuparse de aspectos de la totalidad de lo real, proyectando final y pragmáticamente sus conclusiones sobre su propio medio social. En este sentido, el artículo posee una dimensión profundamente política².

Ahora bien, tal articulación y tales mecanismos cognoscitivos internos a que me refiero no deben conducirnos a la creencia de que tal discurso ensayístico es el resultado de una cerrada construcción sometida a un rígido método. El pensamiento unamuniano resiste mala-

1. Pedro Cerezo, « Estudio preliminar y notas », en Ángel Ganivet y Miguel de Unamuno, *El porvenir de España*, 28-29.
2. Puede verse el trabajo de Pedro Cerezo, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, 176 y ss.

mente los corsés de los conceptos y definiciones y las organizaciones metódicas, lo que explica por otra parte tanto la elegida vía de afirmación alternativa de los contrarios –lo uno y lo otro– como la riqueza incoativa y apertura de los procesos metafóricos y de las imágenes empleadas en éste y en otros ensayos, tal como ha estudiado Pedro Cerezo, quien subrayó la raíz zigzagueante de su pensamiento, su ir y venir entre solicitaciones verbales, siguiendo el doble movimiento expansivo y concentrativo de la metáfora.

Pero dejaremos de lado estas cuestiones introductorias para lograr algunas claves que nos permitan comprender tan fundamental ensayo tanto en la lógica interna¹ de sus ideas y argumentaciones como en su

-
1. El ensayo consta, recordémoslo brevemente, de una parte introductoria, sin título, y cuatro capítulos. En aquélla, Unamuno efectúa unas precisiones terminológicas acerca de lo que entiende por *castizo* y *casticismo*, ampliándolas al sentido lingüístico-estilístico de las mismas palabras, y una serie de justificaciones del ensayo y de la finalidad y proyección del mismo, a la que siguen una justificación disciplinar sobre el carácter no científico de su escrito y otra metodológica sobre la vía de afirmación alternativa de contrarios. El capítulo primero constituye una reflexión sobre la invasión creciente de la cultura europea en España, con expresión de los tipos de reacciones al respecto y una reflexión sobre el problema de la subordinación y el individualismo. El capítulo segundo ofrece unas extensas consideraciones filosóficas sobre la ciencia en general a raíz de la crítica que emprende de la ciencia y arte españoles por no saberse bien lo que puedan ser, con lo que se hace eco de una famosa polémica de la época, así como sobre la fundamental cuestión acerca de la unidad y diferenciación de la representación del mundo por parte de los hombres, diferencia que se debe a la determinación de un ambiente nacional y unidad que es consecuencia de que las representaciones sean traducción de un solo original, lo que explica con la existencia del lenguaje y, con éste, de la ciencia. En el tercer capítulo plantea lo que entiende por tradición en general y por tradición eterna en particular, ofreciendo unas reflexiones acerca de la relación que mantienen la tradición y la ciencia, así como de la necesidad que tiene España de buscar esa tradición previamente definida. Pues bien, nuestro escritor señala la necesidad de que nos formemos un concepto *vivo* de la tradición con objeto de avanzar en la cuestión del casticismo. Plantea después su etimología y, con su método paradójico, afirma que lo que pasa queda porque hay algo que sirve de sustento al flujo de las cosas. Un momento, dice, es el producto de una serie, que lleva en sí, pero no es el mundo un caleidoscopio. El paso, pues, de los sistemas forma el sedimento de las verdades eternas, lo que explica con una larga metáfora basada en la experiencia de la vida natural: el paso de los ríos y el proceso de sedimentación fluvial. Conceptualizada la tradición, se ocupa de la tradición eterna. Plantea que hay una tradición eterna al igual que una tradición del pasado y del presente que es la sustancia de la historia, sedimento o revelación de lo intrahistórico o de lo inconsciente de la historia, lo que explica con la famosa metáfora del mar, constituyendo esta vida intrahistórica la sustancia del progreso: « Las olas de la historia –leemos–, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol ». Alude después al caso de la España de la Restauración para, siguiendo con las metáforas encadenadas marinas, afirmar cómo, debido a la intrahistoria, nada se había parado. La tradición eterna vive, pues, en el fondo del presente y no en el pasado muerto, estando vinculada a la ciencia, puesto que sus leyes últimas son fórmulas de la eternidad viva que está dentro del tiempo. Concluye esta importante parte señalando que los videntes deben buscar la tradición eterna para

proyección historiográfica y social, pues no debe olvidarse que tales reflexiones estuvieron sometidas a un ideal de acción histórica concreta en relación con la decadente España de su momento, adelantándose a la mítica fecha de 1898, al tiempo que sirvieron de cauce a una fecunda conceptualización ciertamente original como la de intrahistoria, cuya dimensión historiográfica y proyección arquetípica resultaron incuestionables.

Hacia el humanismo integrador unamuniano:

Historia, inconsciente y vida

Un aspecto importante del ensayo nuclear que nutre las primeras páginas de *En torno al casticismo* es su dimensión histórica y vital, puesto que en él se ofrecen unas ideas de la vida al tiempo que su autor persigue dotar de vida a sus ideas. No se olvide que sus reflexiones ensayísticas parten de lo que ve como concreto-real, visión alimentada por sus experiencias castellanas recientes. Es una temprana aportación a ese « conócete a ti mismo » colectivo, a esa « psicología de nuestro pueblo », a la que él mismo alude en el prólogo, que tantas publicaciones suscitó en la España finisecular. En realidad, como se repite tantas veces, *En torno al casticismo*, supuso la apertura desde nuevas coordenadas de un moderno cauce de reflexión sobre el ser y estar históricos de España bajo el signo de la responsabilidad ética. Se comprende así que Fernández Turienzo¹ trate acerca del tema de España, al que re-

hacer consciente al pueblo y guiarle así mejor, lo que debe hacerse sobre lo insignificante e *inorgánico*, lo que explica con metáforas cósmicas y fluviales. La tradición eterna es la humanidad, lo originario, en el fondo del hombre mismo; lo común sobre lo que se moldean las formas diferenciales. Sustentado el cuerpo central de su reflexión, ofrece en el cuarto y último capítulo una crítica de ciertos tipos que, aun huyendo del presente, no buscan la tradición eterna sino el pasado. Se trata de los tradicionalistas. Por tanto, para Unamuno, los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente al insuflar el historiador un soplo animador de la intrahistoria (libros de viajes, obras de ficción), lo que es desdeñado por los historicistas externos al no comprender lo inorgánico ni la armonía *in fieri* de lo eterno. Acaba exponiendo una consecuencia práctica para los españoles, un ideal de acción: Hay que ir a la tradición eterna, tradición universal y cosmopolita, y no combatirla, pues esto equivale a la muerte. La vía para lograrlo es hacer examen de conciencia histórica penetrando en la intrahistoria, huyendo de apologías de vergüenzas, con objeto de dejar de ser un pueblo viejo. La humanidad es, termina, la casta eterna, sustancia de las castas históricas, y lo humano es lo eternamente castizo, a lo que hay que llegar rompiendo lo castizo temporal viendo cómo se hacen y deshacen las castas, entre ellas la española.

1. F. Fernández Turienzo, « Estudio », *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 7-38.

mito para conocer la especificidad y novedad reflexiva unamuniana en relación con las ideas de Valera, del krausismo, de Ganivet y de las vertidas con motivo de la famosa polémica de la ciencia española que tuvo lugar en los tiempos de la Restauración, una polémica que resultó ser, más que un debate formal sobre la ciencia, un debate nacionalista sobre la esencia de España, como afirma del Pino¹. No obstante, el vuelo de esta reflexión unamuniana excede el ala de las clases populares de la España de su tiempo, objeto central de su interés, al ocuparse a la vez de un aspecto de la totalidad de la existencia humana. No es de extrañar que, puesto a indagar en la « psicología de nuestro pueblo », termine aportando esa conceptualización ciertamente original de intrahistoria o « inconciente [sic] de la historia », con el que entrará en relación el posterior concepto jungiano de inconsciente colectivo, fecundador de la crítica arquetípica². Pero esta aportación a la psicología no elimina la dimensión y proyección netamente historiográfica de esa original idea de intrahistoria al provocar una atención sustantiva al río oculto de la vida histórica, a la anónima vida colectiva, en detrimento de lo externo o gestual histórico, con lo que rechaza un concepto tradicional de historia y se adscribe a la modernidad teórica que defendía « la existencia de otros agentes históricos, generadores de la marcha de la humanidad, como las clases sociales de Marx o el *Volkgeist* hegeliano, el romántico espíritu del pueblo³ ». Queda claro que la virtualidad instrumental del concepto en cuestión según una u otra disciplina tiene que ver con la apertura del ensayo que, sin perder por ello su dimensión de reflexión histórica concreta, se proyecta a lo que podríamos llamar una filosofía de la temporalidad, alimentándose del ancho horizonte de ideas de las que el siglo XIX le hacía depositario, ideas que por lo común nutrían el caudal del río del progreso humano y rechazaban el autoritarismo dogmático. Su conocimiento de Hegel, Marx, Nietzsche, así como de otros pensadores de su tiempo, krausistas, posi-

1. F. del Pino, « Literatura y antropología en el 98, a propósito de la reedición de un clásico », 542.
2. Jung trabajó, como se sabe, sobre el concepto de inconsciente colectivo, desresponsabilizando así al individuo aislado, concibiendo al escritor como un individuo que va construyendo su obra a partir de impulsos provenientes de su condicionamiento biológico y del proceso de sedimentación de experiencias colectivas, constituyendo ésta la base sobre la que se sustenta la llamada crítica de arquetipos, arquetipos o imágenes primordiales que, principios reguladores de la formación del texto, no pueden conocerse más que en lo concreto.
3. L. González Egido, « Introducción », *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 23.

tivistas al estilo de Spencer y de Taine y no positivistas, lo ponen de manifiesto, independientemente del grado de participación que mantuvo con las ideas de unos y otros.

Por otra parte, la vida está tan por encima de todo que Unamuno, joven constructor del pensamiento y agónico artista de la palabra responsable, la pone por encima de la más grande obra de arte posible. Para él, la búsqueda e indagación de la vida intrahistórica —el arte de tocar el fondo de la historia— es tarea prioritaria a la hora de tomar conciencia de lo humano originario, dejando de lado la indagación de lo original externo, lo gestual y lo aparente. Esta es la razón que le lleva a Unamuno a criticar que se prefiera comúnmente el arte que es para él apariencia, « cuando la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la grande obra de arte ». Parece quedar clara la raíz y proyección humanas de su pensamiento, pensamiento humanista de tan larga vida e influencia posterior, fecundado por sus ideas socialistas y principios cognoscitivos de orientación positivomaterialista, lo que nos da pie a tratar acerca del sentido que tienen algunas ideas al respecto ofrecidas en « La tradición eterna¹ ».

El marco positivomaterialista de sus ideas sobre la sociedad y la función social de la ciencia

Vaya por delante que trato de aislar algunas ideas que, en todo momento, forman parte de un ensayo que, en buena lógica, deja de lado presentarse como estudio científico, cosa que difícilmente eludiría un estudio marxista del momento al ocuparse de la realidad histórica. Sobresale que se ocupe de una realidad histórica y política llamada España y que le atribuya a su ensayo una función social práctica, finalmente regeneradora. Asimismo parece clara la idea socialista que late en su explicación de la relación que pueda existir entre la individualidad y la sociedad, que concibe no excluyentes entre sí, resaltando que el soplo de libertad individual no elimina la ley de la solidaridad y subordinación social. La idea relativa al reconocimiento de la dependencia de las formas del espíritu y de las representaciones de un

1. Para lograr un pormenorizado conocimiento del Unamuno socialista deben tenerse en cuenta los estudios de Blanco Aguinaga, Pérez de la Dehesa, Elías Díaz, Bustos Tovar, Gómez Molleda, Núñez y Ribas, entre otros.

« proceso de ambientes » resulta, pese a ser propia del positivismo psicológico de Spencer, de sentido y proyección también elementalmente marxista. Pero, acto seguido, cuando Unamuno reduce las diferencias de las representaciones de los hombres a traducciones de cierta unidad fundamental, sin la que los hombres no se entenderían, está reproduciendo muy a su manera esa idea marxista que pretendía explicar universalmente la historia de la humanidad, la historia de toda sociedad, reduciéndola a ser la historia de un sólo elemento final, algo hoy en día en discusión al calor del debate sobre los modelos objetivistas históricos y su relativización.

Por otra parte, en el sugerente capítulo segundo, Unamuno atribuye a la ciencia una finalidad de progreso y justicia social, desconsiderándola como un mero fin en sí. Por lo tanto, cuando afirma que « siempre *se hará ciencia* para cohonestar actos de salvajismo e injusticia », le está atribuyendo al saber científico una función instrumental, concibiéndolo como una teoría para la práctica, tal como ha reconocido Bustos Tovar¹:

[Para Unamuno] el saber científico no es un fin en sí mismo, tiene sentido y valor en cuanto sea capaz de hacer al hombre más humano, de consolarle de su tragedia existencial, de descubrirle nuevos horizontes de justicia y fraternidad, en la medida en que contrae una responsabilidad social.

De igual modo parece resultar social-marxista la idea de hacer depender el proceso de elaboración de la ciencia del proceso económico « o » político —no se olvide que, por este tiempo y según confesión propia, era concedor de la teoría marxista, así como de la economía política del capitalismo— y muy particularmente el hecho de afirmar « la condenación de la idea al tiempo y al espacio » que, a decir de Fernández Turienzo, es una manera de reconocer la prioridad del hecho sobre la idea. Debe recordarse a este respecto que en un artículo periodístico sobre cuestiones historiográficas, basado en las ideas positivistas de Taine, publicado en 1889, ya dejó escrito don Miguel: « Las ideas mueven al mundo, se dice, y se olvida que hay algo que mueve a las ideas y que no es idea ». Ese hecho cierto e incuestionable es la organización social². Pues bien, parece innegable la procedencia social-mar-

1. E. de Bustos Tovar, « Prólogo » a *Novela*, de Miguel de Unamuno, 52.

2. El artículo « ¿Cómo se escribe y para qué sirve la historia? », de estirpe po-

xista de su crítica de esas, y cito, « condenadas palabras *valor, riqueza, renta, capital, etc.*, tan preñadas de vida, pero tan corrompidas de pecado original », a propósito de la proyección universal a que debe tender la ciencia mediante la elaboración de su propio lenguaje. No puede decirse que resulten equivalentes la idea de intrahistoria y la idea marxista de la lucha de clases como motor de la historia, pero sí resultan próximas en tanto que ambas rechazan lo anecdótico externo de la historia en el sentido a que he hecho referencia anteriormente y en que defienden el fundamental papel histórico que desempeñan las masas sociales anónimas y trabajadoras, papel histórico que las unifica universalmente, lo que constituye su gran aportación.

Positivomaterialismo, literatura y conocimiento: la verdad de la ficción

Su idea, de progreso y de fuerte adscripción humanista, por la que relega en su ensayo el arte a un segundo lugar frente al valor que posee una vida humana, le lleva a rechazar todo espíritu reaccionario, todo tradicionalismo historicista externo —esto explica el sentido revalorador de la palabra « tradición » en el título de su ensayo, tal como ha señalado Juaristi¹—, así como le lleva a concebir —idea nuclear de la teoría marxista clásica, con antecedentes en la poética clásica— la li-

sitivomaterialista, horizonte de modernidad de su tiempo y base de sus ideas socialistas, es fruto, aparte de su lectura de Taine, de su larga obsesión por la *verdad* histórica, llegando a operar en él con una idea de la historia como evolución y a ofrecer la noción de *vestíbulo de la historia*, adelante de lo que luego llamaría *subhistoria* (que no *intrahistoria*: lo que permanece estable no en un sentido material y empírico, esto es, el inconsciente de la historia o tradición eterna de la humanidad sobre la que se moldean las formas diferenciales históricas), lo que emplea para señalar la relevancia que tiene el medio físico preexistente en la vida histórica, sin caer en los excesos del determinismo territorial por cuanto el medio siempre está a merced, viene a decir el joven Unamuno, de la intervención humana y de la organización social que todo lo mueve, constituyendo dicha organización social ese algo que no es idea y mueve a las ideas. Puede verse a este respecto mi artículo « La noción "Vestíbulo de la historia" en el joven Miguel de Unamuno (Lectura de un artículo sobre Taine) ».

1. Jon Juaristi afirma en la « Introducción » a *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 23-24: « A nadie se le escapa que la dicotomía "europeización" versus "casticismo" traduce, en rigor, la oposición *progreso/tradición* que había desgarrado la vida política española desde 1812. Pues bien, Unamuno titulará el primero de esta serie de ensayos "La tradición eterna", en un gesto de claro desafío hacia los tradicionalistas, que podrían ver en el mismo la usurpación de un concepto cuya propiedad se habían arrogado a lo largo de la centuria, pero dirigido también a suscitar el escándalo de los doctrinarios del progreso ».

teratura como conocimiento cuando afirma que la mayor enseñanza se saca de los libros de viajes, de las obras de ficción, reproduciendo la idea de la literatura como « reflejo » de la realidad. Estas son sus palabras al respecto:

“Pensando en el parcial juicio de Schopenhauer, he pensado -afirma Unamuno (p. 67)- en la mayor enseñanza que se saca de los libros de viaje que de los de historia, de la transformación de esa rama del conocimiento en sentido de vida y alma, de cuánto más hondos son los historiadores artistas o filósofos que los pragmáticos, de cuánto mejor nos revelan un siglo sus obras de ficción que sus historias, de la vacuidad de los papiros y ladrillos”.

¿Quién no recuerda ahora aquellas afirmaciones de Engels a propósito de la obra de Balzac? Social-marxista es también, finalmente, la idea de la proyección universalista de los individuos y de los pueblos, lo que se deduce al comprobar cómo insiste en la necesidad de cultivar la humanidad, la tradición eterna, en nosotros procurando la consecuencia de una « pueblo nuevo », de una nueva sociedad.

Haber aislado esta serie de ideas de estirpe materialista, no me permite considerar el ensayo que nos ocupa como un texto radicalmente marxista, aunque ciertamente fuera escrito en una etapa de la vida de Unamuno marcada por sus preocupaciones sociales, políticas y por sus lecturas e incluso publicación de algunos artículos en este sentido¹. Así pues, a pesar de todo lo dicho y pese a coincidir « La tradición eterna » con el período socialista de Unamuno, éste « difícilmente puede reducirse a la filosofía de la historia del marxismo », según Bustos Tovar, sin que ello suponga negarle su orientación progresista, la originalidad y modernidad de algunos planteamientos y el ensayo de

1. Bustos Tovar se detuvo a considerar en su extenso e informado prólogo al volumen *Novela*, de Unamuno, 73-74, el período de acercamiento de Unamuno al socialismo, corroborado con la conocida carta del escritor a Valentín Hernández, director del semanario *La lucha de clases* (fecha en Bilbao, el 21 de octubre de 1894, esto es, meses antes de la publicación del ensayo que nos ocupa), destacando su preocupación por la cuestión social y por lo que pueda suponer el marxismo de instrumento de unión y vivificación de los pueblos e incluso de « religión de la humanidad »; también, sus conocimientos de economía y de teorías socialistas y la distinción que establece entre socialismos burgueses y el « verdadero socialismo ». Señala asimismo la importancia que debieron tener las lecturas de Hegel, Marx, Spencer, H. George para su penetración en el pensamiento socialista y da cuenta del proceso de adscripción de Unamuno al Partido Socialista Obrero Español, con sus etapas de inicial aproximación y gradual distanciamiento posterior.

una ideología humanista de base, ajena a cierto cientificismo marxista, aunque estrechamente vinculada en su contradictorio funcionamiento histórico a los presupuestos socialistas y marxistas. Por otra parte, si pensamos en la España de aquel tiempo, en las condiciones de vida de la mayoría de sus habitantes, en el horizonte tradicionalista y católico que domina la realidad toda y la serie de transformaciones productivas que sufre el país con su consiguiente red de contradicciones de diferente efecto, resulta demasiado fácil expediente despachar implícitamente el ensayo con una valoración crítica negativa

Unidad y pluralidad en el ensayo

Aunque he subrayado previamente algunos planteamientos positivomaterialistas del ensayo, éste es resultado de una cristalización de planteamientos de diferente espectro, si bien sometidos a la unidad de su proyección social y de intervención regeneradora sobre su medio. No extraña que, junto a esas ideas y argumentaciones positivomaterialistas y social-marxistas, se note una preocupación histórica por España alimentada por los krausistas, tal como como ha estudiado Fernández Turienzo, para quien la idea kantiana de la historia como realización y no como relato, la idea de la existencia de una historia interna y otra historia externa, la idea de organismo infinito del mundo, la idea de la fraternidad universal de los pueblos, caladas por los planteamientos idealistas de la época, penetraron en Unamuno hasta el punto de llegarse a afirmar que durante la composición de los ensayos de *En torno al casticismo* parece Unamuno « profundamente imbuido por la ideología krausista, que explica más cosas en él que su indiscutible filiación al partido socialista¹ ». Por lo que respecta a la influencia positivista, parece quedar clara la que sobre él surtió Spencer, de cuya obra fue traductor el propio Unamuno, lo que afecta al uso de expresiones e incluso imágenes, sobre todo en lo que se refiere al concepto de progreso y evolución, que Unamuno emplea a la hora de explicar el proceso histórico como un paso de lo universal u homogéneo a lo indiferenciado o individual. Positivista es también la influencia de Taine, y bien que lo deja dicho nuestro escritor, del que leyó sus *Origines de la France contemporaine (1875-1893)*, « de la que toma no sólo las su-

1. Fernández Turienzo, « Estudio », *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 28.

gerencias de su interpretación histórica, sino incluso la utilización de los paisajes regionales en apoyo y explicación de sus teorías¹. Su artículo « Cómo se escribe y para qué sirve la historia », de 1889, lo deja elementalmente de manifiesto.

Así pues, « La tradición eterna » posee un notable componente positivista. Pensemos si no en sus páginas sobre la ciencia y en particular en sus reflexiones sobre el lenguaje científico hasta llegar a la significativa cuestión de su formulación cuantitativa, aunque acto seguido en un inesperado lance vea la chispa de la vida en las fórmulas científicas. Por lo tanto, más que eclécticas resultan bien sustentadas las afirmaciones siguientes de González Egido a propósito de *En torno al casticismo*:

Esta mezcla de positivismo, historicismo e idealismo, de observaciones materialistas y de intuiciones mágicas, se amparaba en la idea de una totalidad real, que había recibido del pasado, pero a la que Unamuno erosionaba desde sus posiciones personalistas, particularizadas y fragmentarias, con un movimiento dialéctico que acabaría identificándose con su pensamiento, que respetaría las contradicciones de la realidad, sin forzar nunca la síntesis de los contrarios, por temor a falsear los datos de la experiencia en su desnuda promiscuidad².

Están dadas así las bases de su filosofía agónica. Este ensayo de la vida histórica que pone nietzscheanamente por encima de todo a la vida misma está calado por un tipo de reflexión en el que se conjugan estrechísimamente la razón y la experiencia, lo que lo lleva en su ansiada búsqueda de la verdad no sólo a sentir la razón sino también a razonar el sentimiento, como ha visto bien la crítica de Unamuno. De ahí que se haya resaltado el hecho de que la serie de ensayos de *En torno al casticismo* suponga el principio de una literatura a la postre autobiográfica³ que auna inteligencia y sentimiento. De ahí que « La tradición eterna » no suponga una rígida separación entre mera razón lógica y sentimientos, lo que se traduce formalmente en esa amplia

-
1. Así lo expone González Egido en « Introducción » a *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 18. Puede verse también Jean-Claude Rabaté, « Les hauts lieux salmantins de Miguel de Unamuno (1891-1902) ».
 2. González Egido, « Introducción », *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, 22-23.
 3. M. J. Valdés, « Introducción », *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno, 50.

serie de imágenes y procesos metafóricos con los que Unamuno siente la verdad, su verdad, esto es, la verdad de una realidad cambiante, de una vida en lucha.

Bibliografía

- BUSTOS TOVAR, Eugenio de, « Prólogo » a Miguel de Unamuno *Novela*, Barcelona, Noguer, 1976, 11-97.
- CEREZO GALÁN, Pedro, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid, Trotta, 1996.
- CEREZO GALÁN, Pedro, « Estudio preliminar y notas », in Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno, *El porvenir de España*, Granada, Diputación Provincial, 1998.
- CHICHARRO CHAMORRO, Antonio, « La noción "Vestíbulo de la Historia" en el joven Miguel de Unamuno (Lectura de un artículo sobre Taine) », en N. Delbecque y C. De Paepe (eds), *Estudios en honor del Profesor Josse de Kock*, Leuven, Leuven University Press, 1998, 639-646.
- FERNANDEZ TURIENZO, Francisco, « Estudio », Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Alcalá, 1971, 5-69.
- GANIVET, Ángel, UNAMUNO, Miguel de, *El porvenir de España*, Granada, Diputación Provincial, 1998.
- GONZALEZ EGIDO, L., « Introducción » a Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, 9-27.
- NÚÑEZ, Diego, RIBAS, Pedro, eds., *Unamuno: política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992.
- PINO, Fermín del, « Literatura y antropología en el 98, a propósito de la reedición de un clásico », *Revista de Literatura: LX*, 120, 1998, 537-547.
- RABATÉ, Jean-Claude, « Les hauts lieux salmantins de Miguel de Unamuno (1891-1902) », in *Ibérica*, Nouvelle Série, 2, Université de Paris-Sorbonne, 1993, 239-248.
- UNAMUNO, Miguel de, « Cómo se escribe y para qué sirve la historia », in Diego Núñez, Pedro Ribas (eds.), *Unamuno: política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992, 7-9.
- UNAMUNO, Miguel de, « La tradición eterna », in *La España moderna*, VII, 74, Madrid, febrero, 17-40.
- UNAMUNO, Miguel de, *En torno al casticismo*, Introducción de Jon Juaristi, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- VALDÉS, Mario J., « Introducción » a Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, Madrid, Cátedra, 1989, 11-91.